



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(José Ortega Munilla.)



Hoy con *La vida y la muerte*
se me abriría la puerta
de la popularidad,
si no la tuviese abierta
desde mi más tierna edad.

SUMARIO

Texto: De todo un poco, por Luis Taboada.—El doctor Aza, por Placido Yrizaroz.—Entre maridos, por José Jackson Veyán.—Desde Villacarpana, por Juan Pérez Zúñiga.—Cartas de una madrileña a una provinciana sobre cosas de la corte, por Jacinto Octavio Picón.—Tentación, por Sinesio Delgado.—Histórico, por Alfonso Benito Alfaro.—Prislerías, por Alberto Casañal Shakerly.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas (José Ortega Munilla).—En Villaviciosa de Odón.—En los baños de X (seis viñetas).—*Vanitas vanitatum*.—Los turistas, por Cilla.



DE TODO UN POCO

Ahora, con motivo de los viajes de verano, aparecen en la cuarta plana de los periódicos algunos anuncios estupendos.

«Para viaje.—No hay como el ponche estomacal incorruptible é inalterable. Pedirlo en las farmacias, droguerías y tintes químicos.»

«Surtidos completos para via-

je.—Lengua, jamón, hígado, bazo, foie-gras, salchichón cocido, etc.»

Y decía una señora de esas que no pueden vivir sin el puchero nacional:

—¡Ay, qué gusto! ¡Venden cocido para viaje!

—Mujer, no seas bruta—contestaba su esposo.—Fíjate en que no hay coma entre una y otra palabra. Salchichón cocido es todo una misma cosa. Lo cocen para que esté más blando y no suceda lo del último viaje, que tuvimos que partirlo con serrucho.

.*

A los que inventan ponches para viajar no les basta el anuncio en la cuarta plana de los periódicos, y andan por ahí molestando á la gente.

A mí vino á visitarme un catalán cerrado, y empezó por decirme:

—Usted no tiene l'honor de conoserme, ¿verdat?

—No, señor.

—Pues yo soy la viuda de Romeu, Feu, Llobeu y compañía, susesores de Coll, Fenoll, Ripoll y hermanos.

—¿Es usted la viuda?

—¡Qué gracioso! Soy el representante de la casa.

—¡Ah! ¡Vamos!

—Y la casa ha inventado un ponche que no tiene rival en el mundo, ni en *Barcelona*!

—¿Un ponche?

—Sí, señor: echa usted cuatro gutitas en un vaso: le agrega usted agua, limón, azúcar, herbabuena y café molido, y resulta una bebida deliciosa.

—Pues no veo el ponche.

—¡Pero qué gracioso es usted! Ya me figuraba yo que usted sería una persona de mucha *divertición*. Siempre riendo, ¿verdat usted? Es lo que *dise* mi señora: «Parese mentira que ese hombre *estiga* siempre de buen humor». Porque ha de saber usted que mi esposa *leye* todos los periódicos, y una criada *ca* tenemos, en cuanto ve el nombre de usted, ya se *riye*...

—Sirvase usted hacer presente á su criada mi profunda gratitud.

—Sa lo diré... Pues en *Barcelona* tenemos el depósito del ponche, y, la *verdat*, yo quería *anunstarlo*, ahora que todo el mundo sale á *veraneyar*.

—.....

—¿Los periódicos? Sí; le entiendo á usted; pero los *anunstos* cuestan caros; de modo que la casa de *Barcelona* me ha dicho: Vaya usted á ver á cualquier redactor del MADRID CÓMICO, que, como todos son alegres, tendrán un genio muy franco.

—Bien, ¿y qué?

—Nada, que usted puede meter lo del ponche entre esas *tonterías* que escribe, y aquí traigo las *ideyas* para que usted las exprese con *gracia*. Verá usted lo que se nos ha ocurrido. (Lee): «Una señora viuda tiene un *dolor* en la *naris* y se quiere tirar por una ventana; pero en *ves* de tirarse toma una *espeta* de ponche y se le quita todo...» (Hablando): ¿Qué le *parese*? Ahora usted lo adorna á su gusto y le mete algunas palabras *graciosas*.

—¿Sabe usted lo que le digo? Que á mí me pagan en los periódicos para que escriba, y no para que defienda los intereses de nadie.

—¿Cómo? ¿Cree usted que yo le pido este favor de balde? De ninguna manera. Usted me pone el *suelto* *gracioso* y al día siguiente tiene usted aquí una *butella* de ponche de cuartillo y medio, para usted y su familia.

—Vaya usted noramala.

.*

Uno viene á pedir que hable de su ponche, otro de una hija que ha establecido una tienda de baberos para viaje y otro de unos polvos para matar chinches sin dolor.

Todos creen que su pretensión es la cosa más sencilla del mundo y que el periódico tiene el deber de darles bombos y protegerles.

Días pasados tuve la desgracia de comer en un *restaurant* que anuncia sus *menús* en los periódicos.

—Mire usted—me dijo el mozo,—la sopa de rabo de buey se ha acabado; pero se la traeré de hierbas.

—Pues en el *menú* figura la de buey.

—Sí, señor; pero estaba tan rica, que se la han comido toda.

—¿Qué le hemos de hacer?

Me tragué la sopa haciendo un penoso sacrificio, y en seguida vino el mozo á decirme:

—En vez del *chicot de liebre* que está en la lista, voy á servirle á usted vaca á la jardinera.

—¿Por qué?

—Porque la liebre se nos ha concluido.

—¿Pero hombre!...

Después me sirvió merluza frita en vez de langosta, y residuos de sombrero hongo asados en sustitución del *pollo de Mans*.

—Como ha venido usted tarde—me decía el mozo,—¡*velay!*...

—¿Tarde, y son las siete?

—Es que hacemos poca comida para que no se pierda, ¿sabe usted? Y como en este tiempo todas las personas «que comen» se van de Madrid...

Ello fué que á mí me dieron una comida detestable.

Cuando me hallaba luchando con los postres y procuraba hincarle el diente á un melocotón de hierro colado, vino á decirme el dueño del *restaurant*:

—¿Conque se ha comido bien?

—¿Qué! No, señor; muy mal. No me han servido nada de lo que figura en el *menú*.

—Es que se ha concluido todo. Eso lo probará á usted que mi *restaurant* está muy acreditado.

—Sí; pero...

—Y á propósito—concluyó diciendo con la mayor naturalidad del mundo,—á ver si encuentra usted la manera de decir en el MADRID CÓMICO que en esta casa se come mejor que en ninguna parte.

Pero ¡qué *desahogadas* son algunas personas!...

Luis Taboada.

.*

EL DOCTOR AZA

(A SINESIO DELGADO)

Desde el lecho del dolor, donde estoy que me achicharra por ver si sudo un catarro de los de marca mayor, ésta, Sinesio, te escribo cumpliendo con mi deber, para que puedas saber que, aunque medio muerto, vivo.

Como ves, la enfermedad ha debido remitir, cuando te puedo escribir, aunque con dificultad.

¿Y á qué no aciertas, Delgado, ni sospechas quién ha sido el doctor que me ha asistido... vamos, que me ha visitado?

Un doctor en medicina del cual la gente asegura que cura la calentura sin menajes de quinina, y que para combatir la tristeza pertinaz tiene un remedio eficaz... que es el ponerse á escribir.

Un gran doctor, sí señor, que aunque estás pensando un mes, no adivinarás quién es ese célebre doctor.

Si das á torcer tu brazo, sacaré su nombre á plaza; me refiero al doctor Aca, que es, más bien, un doctor... así

¡Que dicho así sacna mal y no lo entiende la gente? ¡Pues corriente, hombre, corriente, le llamaremos... Vital!

Si así consigo mi objeto, nada á tu ruego se opondrá, y que Vital me perdona esta falta de respeto!

El caso es que el tal doctor, en la ciencia de curar, debe ocupar el lugar que ha alcanzado como autor.

Domina la medicina, que es para él un magisterio, y hasta tose y habla en serio cuando pulsa ó examina:

pero, al fin, en la carrera en que tan poco trabaja, tiene una inmensa ventaja que no la tiene cualquiera.

Esta ventaja consiste en que, con gracia infinita, mezcla siempre en su visita mitad ciencia y mitad chiste; así es que si uno le avisa, que no se muere es muy cierto, pues si alguno se le ha muerto, se le habrá muerto... de risa.

En prueba de lo que digo, pues no trato de engañarte, voy ahora mismo á contarte lo que ha pasado conmigo.

Entró Vital muy formal, pero á los pocos momentos empezó á contarnos cuentos, como los cuenta Vital, y escuchando atentamente tanta gracia y donosura, se me fué la calentura... pero ¿cómo? ¡De repente!

Gracias, pues, á su amistad y á su mágico elixir, he podido hoy escribir, aunque con dificultad.

Gracias á él ya como... y duermo... y, en fin, que... ¡crédeme á mí! teniendo un médico así da ganas de estar enfermo.

Fuero Grayce.

Escorial—Julio—86.

EN VILLAVICIOSA DE ODÓN



—Estas que vienen por aquí detrás me parece que son las de Verdugillo, que me dijeron que salían para Biarritz. Voy á esperar así, de espaldas, y en cuanto lleguen cerca me vuelvo de repente para que se muera de la sofocación.

ENTRE MARIDOS

(DIÁLOGO PARA HOMBRES SOLOS)

—¡Soy muy infeliz, Benito!
—¡Juan, yo soy muy desgraciado!
—¡Mi mujer me tiene asado!
—¡Mi esposa me tiene frito!
—¡Llevo, proa al vendaval, ocho años con esa arpía!
—Pues yo llevo diez y un día de cadena temporal.
—Irascible, variable.
—¿Ella ceder?... ¡Que si quieres!
—¡Como todas las mujeres casadas, insoportable!
—Mi esposa, tan dulce y fina, se volvió á arisca y chulapa.
—Mi mujer, tan limpia y guapa, se ha vuelto fea y cochina.
—Siempre ha de estar contra mí por gusto de disputar.
—La mía, desde el altar, no ha vuelto á decir que sí.
—¡Mi mujer gasta sin tino!
—La mía es conservadora.
—¡Un Cánovas femenino!
—¡Qué así nos den la castaña á todos los caballeros!...
—¡Siquiera los panaderos tienen vergüenza en Español!
—Les dieron lo que pedían y la huelga se acabó.
—¡A los negros se les dió la libertad que querían!
—¡Tantas reformas sociales y que sin divorcio estemos!..
—¡Y para eso mantenemos

unas Cortes liberales!
—Como al fin se decretara el divorcio calumniado...
—¡No habría un solo casado que al mes no se descasara!
—No hay una pena más negra que el pesado matrimonio.
—¡Lazo que inventó el demonio de acuerdo con una saegra!
—En los profundos infiernos nuestra causa sentenciaron...
—¡V el escrito rubricaron con las uñas y los cuernos!
—Con mi esposa Salomé me veo en constante apuro.
—¡De mi paga, me da un duro para tabaco y café!
—¡Un duro, y quieres pedir más?... ¡Eso es un egoísmo!
—¡Crisanta me da lo mismo, y me tengo que vestir!
—Aunque á tu mujer rebajas, chico, á la mía no llega, porque Salomé me pega por quitarme allá tras paga.
—¿Y un sopapo no le das?
—¿Qué he de darle, quita de ahí!
—¡Un día que me volví me sacudió mucho más!
—Pues es mejor mi Crisanta.
—¿No te alza la mano?

—No.

¡Antes me la levantó, pero hoy no me la levanta!

Por la copia,

José Jackson Ueyán.

DESDE VILLACARPANTA

(A SINESIO DELGADO)

Siguiendo, querido amigo, una costumbre ya rancia, te escribo desde mi pueblo, y por la presente carta vas á ver las novedades que he encontrado á mi llegada. La alcaldesa, que es muy bruta, sin embargo de ser chata, parió el lunes tres gemelas de una vez, ¡pero qué raras! La mayor especialmente parece una garrapata. La esposa del secretario se ha vuelto muy mal hablada y ogaño dice «reconcho», «mecachis», «fotres» y «carambas». La que hace grandes progresos es la afición á la caza: los mozos van á perdices y los gatos van á gatas. Le han salido al señor cura en el haerto unas lombardas y un bulto en la rabadilla y una erupción en el ama. Las costumbres, antes puras, hoy están avinagradas. La moral cayó en desuso, la cultura está en desgracia, la taberna está repleta; pero, en cambio, sólo acampan en la iglesia las lechuzas y en la escuela las arañas. Por lo demás, es soberbia delicia tener la casa entre árboles que dan frutos y bichos en abundancia, porque éstos se cuelean dentro sin pagar ni decir nada. ¡Y ogaño hay una cosecha de insectos que no se acaba! No creas que te exagero. Vas á meterte en la cama y salen á recibirte con la mayor diplomacia diez ó doce escarabajos y quince ó veinte chicharras. Penetran por las rendijas

de las puertas en manadas tajamocos, saltamontes, mosquitos, pulgas, arañas, lagartijas y abejorros que sin más ni más se instalan en el techo, en las paredes, en los trastos y en mis barbas, y ora caen en el tintero, ya en la ropa, ya en la salsa. ¿Te parece si habrá pocos? ¡Me río yo de la plaga de ciclistas que en la corte la Providencia derrama! ¡Qué de avechachos! Si fuera posible, los sorteaba para mandarlos á Cuba metidos en una lancha, con el fin de que á Maceo le pudiesen dar la lata colocados en los pliegues de su tienda de campaña. Esto es todo lo que puedo contar de Villacarpanta. Bésale á Cilla en la nuca y dispón de

Juan.

Posdata.

Tuve ayer una sorpresa. ¿Quién dirás que vi en la cuadra del alcalde? Cierta crítica que cuando hay estrenos pifa. Supongo que ya adivinas quién es. ¡Ah! Se me olvidaba decirte que hay una moza que está de ti enamorada. ¡Con qué fruición deletrea tus coplas! Bajo una acacia me dijo ayer: «¡Qué Sinesio! Si le viera le estrujaba.» Si quieres, pues, que te estruje, ven por aquí y tendrás cama con coristas de ambos sexos, acompañamiento y banda. Y ahar, que se me hace tarde. Si á Madrid llega esta carta, publícala, y si no llega... abstente de publicarla.

Juan Pérez Zuñiga.

En los baños de X



—Pues crea usted, señora, que en toda la playa no he encontrado todavía con quién casarme...
—Porque se fija usted en las chiquillas de quince años, cuando lo que le conviene a usted es una mujer de peso, de experiencia, que sepa manejarse...



—No comprenda este capricho de mi mujer. Ella se baña, se va y escapa a la fonda, y se empela en que yo me este metido en el agua una hora más que ella...

Cartas

de una madrileña a una provinciana
sobre cosas de la corte.

Querida Pepita: Te dije en mi primera carta que de vez en cuando hablaríamos de libros, y ahora que se me presenta ocasión de comunicarte las impresiones que una novela ha despertado en mí, creo que no debo hacerlo, porque el amigo a quien doy estas cuartillas para que se las mande a Sinesio me aconseja que no escriba acerca de novelas; y siendo tanta la intimidad que nos une, no puedo menos de hacerle caso. Su consejo está lleno de razón: dice que, dados los estrechos e indisolubles afectos que nos ligan, y siendo él, ó pretendiendo ser, autor de novelas, no debo comentar las que otros hacen; pues por serenamente que exponga mis juicios y por rigurosa que sea mi imparcialidad, no ha de faltar quien pretenda ver, tras los elogios y censuras, algún reflejo de la amistad ó los celos que el compañerismo trae consigo.

Realmente, como mi amigo y yo vivimos identificados, siendo uno en dos ó dos en uno, resulta para mí peligroso hablar de novelas, porque quien critica obras del género á que pertenecen las suyas está expuesto á errar en aquello mismo que condena, lo cual si se hace por ignorancia es ridículo y si á sabiendas es injusto. Prescindiendo de estas razones bien fundadas, aunque algo medrosas y egoístas, sólo el espíritu de escuela podría mermar la serenidad del juicio: tan persuadida estoy de ello, que constantemente me he conformado con aquel consejo.

A pesar de todo lo cual tengo motivos para infringir en cierto modo mi costumbre, porque el asunto de la novela que acabo de leer entra de lleno en la índole de estas cartas, en las cuales me he propuesto considerar las cosas de la vida desde el punto de vista femenino.

El libro á que me refiero es *La viva y la muerta*, que Ortega Munilla acaba de publicar, y que he leído de un tirón, en menos de tres horas. ¡Ya ves qué pronto despacha el lector lo que al literato le cuesta tanto trabajo!

Las cosas que pasan en esa novela son, al parecer, pocas y vulgares; en realidad, muchas y terribles.

¡Has tropezado en la vida con el tipo del hombre que, teniendo hijos de un primer matrimonio, vuelve á casarse, ó reincide, como dicen ellos en su brutal lenguaje! ¡Has presenciado la lucha, unas veces abierta y franca, otras cautelosa y solapada, que se entabla entre la segunda esposa y los que en Francia se llaman expresivamente hijos del primer lecho? Pues esa guerra doméstica, ese *casus belli* moral entre el poder de la viva y el espíritu de la muerta, redivivo en sus hijos, ha inspirado á Pepe Ortega Munilla el asunto de su libro.

Su narración comienza con la pintura de las travesuras de dos niños, huérfanos de madre, que mientras su papá está en la Audiencia administrando... (y á propósito, entre paréntesis, ¿por qué los hombres dicen *administrar*, como sinónimo de *hacer justicia*?) En fin, ello es que los niños dejan malparado un reloj de pesas y hacen añicos un servicio de té, con gran espanto de una parienta vieja que les cuida y de una hermanita de once años que con rara, aunque no inverosímil, precocidad, toma en serio el papel de madre. Alejandro y Andrés—que así se llaman los pequeños—calman de pronto su afán de juegos, asustados del estropicio que han hecho; D.ª Salomé se encomienda á los santos de su devoción, y Luisa espera la llegada de su padre, confiando en que no ha de ser cruel, ni mucho menos.

Entre tanto D. Juan de Villalpando sale de la Audiencia, hace en diversas tiendas varias compras, las cuales dan á entender claramente que piensa en segundas nupcias, y llega á su casa, donde, con estupefacción de Salomé y de los chicos, apenas se enfada viendo el reloj maltrecho y el juego de té descabalado. Según su índole y carácter, D. Juan debía enojarse mucho, porque es hombre poco cariñoso, seco, prosaico, más reflexivo de lo que consiente la ternura y, en una palabra, tan magistrado en su casa como en el propio sillón del tribunal.—Es ante todo y sobre todo autoritario: «desobedecerle es agraviarle...» parecía no quitarse la toga ni para comer con su familia.

Pero existen razones para que aquel día no peque de severo. Cansado de la viudez, ha resuelto casarse, y no le parece oportuno ser riguroso con sus hijos cuando se dispone á darles maestra.

En los baños de X.



El señor marqués de la Torre de Villamudéjar, que acostumbra á verse en el establecimiento.

La esposa que ha traído este año el señor marqués de Villamudéjar, que por cierto se parece como un huevo á otro á la criada de la que traía el año pasado.

El hijo mayor de los condes de Valdecosquillas, que acompaña por todas partes á la esposa que ha traído este año el señor marqués de la Torre de Villamudéjar.

Sinforiano Rodríguez, que ha venido á bañarse sin importarse un ardite que el hijo de los condes acompañe á la esposa del marqués.

Quien primero recibe la noticia es la tía Salomé, aquella parienta pobre, pero agradecida, que ha cuidado á los niños desde que murió su madre. La buena mujer se rebela contra el propósito de D. Juan, que califica de desatino; le llama sátriro, y es por el magistrado arrojada de la casa; luego el viudo habla con su hija Luisa, la niña de los once años, quien refiere la entrevista á su tía. «¡Y qué te parece!»—le pregunta ésta. «Que ahora es cuando empiezo á comprender que no tengo madre.»

Después, Villalpando se acuesta intentando leer los folios de un pleito, pero dominados sus pensamientos por la gravedad del propósito que medita, alternativamente va monologuando y leyendo, mezclándose en su fantasía los incidentes del litigio, los proyectos de la boda y la resistencia mansa de su hija, «niña tenaz y precoz».

En el cerebro del viudo surge entonces la idea de poner á sus dos hijos varones en un colegio y en otro á Luisa, para que «no sientan la novedad de la situación. Lo malo—se dice es la primera semana, la primera hora... El colegio sería acaso la salvación... unos cuantos meses de ausencia... Además, yo amo á Octavia... mi corazón está seco y necesito refrescarlo con afecto de amor... Ni quiero ser como Lebrija, que arrastra sus canas por los lupanares, ni como Paco Garmendi, que viva indecentemente con una perdida»...

Por fin se duerme sobando con la mujer amada. Las cartas que luego se cruzan entre los tres hermanitos, y algunas de D.ª Octavia á Luisita y de ésta á su tía Salomé, prueban que los niños, y sobre todo la hermana mayor, siguen mostrándose instintivamente hostiles á la idea de que tienen segunda madre, siendo de notar que en esta correspondencia no hay una sola letra del ex viudo.

Una dolencia grave de Villalpando, acaso una de esas enfermedades con que el hombre débil suele pagar el entusiasmo del amor tardío, acelera el curso de los acontecimientos. Los niños son traídos á Madrid para que su padre los vea; Andrés, el que rompió el juego de té, sufre una horrible enfermedad de la vista; Luisa, convertida en madre, quiere consagrarse á cuidarle, y la madrastra, considerando esta natural prueba de cariño como una muestra de ofensiva desconfianza, rompe las hostilidades. El interés de la narración va en creciente,

mas no ese interés que estriba en mera impaciencia por conocer lo que ha de ocurrir, sino el que se funda en la índole de las almas y el desarrollo de los caracteres. La acción, los sucesos, importan poco; lo esencial es el choque moral inevitable entre una señora celosa de su autoridad y unos niños que rinden culto á la memoria de su madre.

Un autor adocenado, un espíritu vulgar hubiese amontonado aquí cosas terribles y pavorosas, buscando el efecto á raja tabla, fingiendo inusitadas asperezas, francas rebeliones, malas palabras y peores respuestas, sevicias y castigos, acaso verdaderos tormentos. En *La viva y la muerta* no hay nada violento ni forzado. Allí no se ve más que la resistencia de unos débiles niños á considerar como madre á quien no los ha concebido. La madrastra es una señora algo fría, algo tiesa, pero no es un verdugo; los pequeñuelos no son insolentes ni malévolos, pero se empeñan en no llamarla madre.

Si siguiésemos paso á paso la novela, veríamos que no hay en ella inclinación, instinto, afecto ni movimiento alguno del ánimo de sus personajes que no pueda aceptarse como verosímil. Ahondando en el espíritu de la madrastra, nos persuadiríamos de que, sin ser mala, tiene que parecerlo, pues para ella los hijos del marido son á un tiempo sus rivales, porque le recuerdan otro amor, y los adversarios de sus propios hijos, á quienes han de mirar forzosamente como injustos usurpadores: veríamos á los huérfanos de madre acariciar con la imaginación el bien perdido, negándose á reconocer en nadie la autoridad de la muerta, y tocaríamos, en fin, todas las consecuencias demostrativas de que la sangre, y no la ley ni el sacramento, es quien constituye la familia.

Hay en *La viva y la muerta* dos episodios de belleza tan natural y verdadera, tan intensamente conmovedores y patéticos, que todo escritor sentirá al leerlos cierta enojosa tristeza por no haberlos imaginado. Uno es aquel en que, á los pocos días de estar en Madrid los huérfanos, buscan con anhelo y hallan con indignación el retrato de su madre, no en un desván ni en una buhardilla, como hubiese discurrido un novelista cursi, sino en una habitación de poca importancia y rodeado de otros retratos de tíos y abuelos de la madrastra. ¡Qué bien se mezclan en aquella piadosa travesura la inocuidad infantil y el cariño instintivo! Alejandrino, el que hizo añicos

el reloj, descuelga el retrato de su madre, va al salón principal y, quitando el de la madrastra lo planta en su lugar. ¿Puede haber nada más propio de niño y ni más mortificante para la ofendida? Pues por eso es propio de chico, porque el niño no es más que el hombre entregado á sus instintos y sentimientos, el salvaje pequeñito sin educación ni experiencia que le cohiba ó coarte.

El segundo y hermoso episodio es el momento en que, mientras la madrastra y las niñas han salido á ver la comitiva de la apertura de Cortes, Villalpando, convaleciente, pero aún medio baldado, hace un esfuerzo, se incorpora en su sillón, se pone en pie, echa á andar y abre la puerta del cuarto oscuro donde, por prescripción facultativa, está Andresito, el niño enfermo de los ojos que, al percibir la dolorosa impresión de claridad, exclama:

La luz, por Dios, que me hace mucho daño.

Don Juan logra entrar, cierra la puerta y se acerca al niño. «Su cabeza descansaba en una almohada, y una venda negra le cubría los ojos. En las manos tenía un vagoncito de ferrocarril, y mientras con la derecha lo sostenía en alto, con el dedo índice de la izquierda hacía girar velozmente las ruedecillas.

— ¡Iremos á Elizondo! — le dice su padre — y allí darás tus grandes paseos en el burrito del hortelano.

Andresito deposita sobre su pecho el juguete y exclama:

— No, papá; no iremos á Elizondo, yo me quedaré ciego.

Andresito refiere á su padre la conversación que ha oído á los médicos que le asisten, diciéndolo todo con esa terrible ingenuidad de que son capaces la ignorancia y la inocencia. Luego habla de D.^a Octavia, confesando que la llama mamá algunas veces, pero que no puede, que se le escapa el doña, porque le cuesta menos trabajo. Y añade que ve á su madre... cuando está dormido.

¿Será sensibilidad, como ahora llaman á la sensibilidad los duros de corazón? No lo sé, pero ese capítulo, esa conversación entre el padre que está para despedirse de la vida, y el niño que está á punto de cegar, me ha impresionado profundamente, causándome la sensación extraña, entre grata y dolorosa, con que agitan el alma las creaciones artísticas de mérito indudable. Hay en aquella escena un «¿Me quieres todavía?» — puesto en labios del niño, que da miedo. No sé si Ortega Munilla habrá visto ó imaginado á Villalpando; pero apostaría cualquier cosa á que ha conocido al niño ciego. Su lenguaje, sus movimientos, sus juegos, aquel modo de tener en las manos el vagoncito de ferrocarril, es de lo que no se inventa.

¿Qué sucede luego? ¿Cómo acaba el libro? Compralo y lo verás. Ya te he dicho que no ocurren en sus páginas grandes cosas: que su mérito consiste en la verdad y ternura de la narración. Tal vez al concluirlo estés conforme conmigo en pensar que si algunos de los libros que aquí se escriben nos vinieran con nombre de autor francés, ó traducidos del ruso y el noruego, todo elogio parecería poco para ellos, aunque sus páginas, como con frecuencia sucede, estuviesen impregnadas de ese neomisticismo de origen eslavo con que ahora se disfraza la reacción literaria. En fin, á riesgo de que mi juicio parezca exagerado, me atrevo á decir que la escena entre el padre baldado y el niño casi ciego es tan poética como algunas de *Jack*. Zola la hubiese escrito con mayor energía; pero Daudet no hubiera podido hacerla mejor sentida. Ya lo verás. En la novela de Ortega Munilla no pasa nada extraordinario, no hay en ella pasiones exageradas ni sentimientos sacados de quicio, todo es natural y verosímil. Los principales personajes son niños y, sin embargo, hay momentos que *ponen carne de gallina*.

A primera vista, esto parece fácil de lograr; los que tienen costumbre de planear y escribir novelas saben el trabajo que cuesta y cuán difícilmente se obtiene. Te aseguro que mi amigo, el que envía estas cuartillas á Sinesio, prefiere hacer discutir y hablar á Gengis-Khan ó Alejandro Magno, que á un chico de ocho años.

Los niños de *La viva y la muerta* hablan... como los hijos de todo el mundo. Acaso escucharás decir que hay alguno en extremo precoz, por ejemplo, Luisita; pero riñe de eso. La precocidad es como el valor, nadie sabe hasta dónde puede llegar.

¡Si yo te contase rasgos de niños precoces! Harto sabes que es propio de niños hacer hombradas, y de viejos incurrir en niñadas.

En fin, si quieres pasar tres horas agradables, experimentando esa impresión artística que consiste en ver la realidad sorprendida en una serie de fotografías instantáneas, lee *La viva y la muerta*. Es un libro algo triste, como todos los que se fundan en el estudio de las flaquezas de los hombres; pero es también una obra de piedad, de compasión y de ternura, es crítica en un castellano juntamente castizo y moderno, sobrio y expresivo, donde se reflejan las envidiables facultades que dieron vida á *La cigarra*.

Adiós, Pepita; ya sabes que te quiere tu mejor amiga.

ANA GRAMA.

Por encargo de la misma,
Facinto Octavio Picón.

VANITAS VANITATUM



— ¿Y ustedes no van este año? —
— No, señor, hemos pensado que no la conviene á Madrid, quedarse sin una pizca siquiera de la aristocracia, porque perdería todo el lustre.

Tentación.

Miel en los labios,
fuego en los ojos,
oro en los buches
finos y audaces
te concedieran
los hados prodigos,
y así á los hombres
causar su mal.
Como remate
de un cuerpo bello
de nieve y rosa
tienes el rostro.
Paras, niña,
nada sólo
para brindarnos
placeres sencillos
y alzas al pie
como un loco
y ansias profundas
surgen en tu alma...
¿Por qué nos tratas
con tal sujeción
y leyes aridas
de los preceptos
¿Es que no guardas
allá en el fondo
de amante fuego

suave resaca?
¿Qué es lo que finges
dándole tono?
¿Dolor acaso?
Fueras de ese modo
faltas al ciclo
que, bondadoso,
quiso ponerte
fuego en los ojos,
rosas en los labios,
nieve en el rostro...
¿Tú no comprendes
que indica todo
que tu destino
debe ser otro?
Cuando los hombres
enigan de linajes,
muestran sus guapas
poyadas á punta
no te reserves
esos temores
que amar reclama
por suyo propio.
¡Y siempre fueran
ojos y rotos
ganaderías...
Y armas al hombre

Sinesio Delgado.

LOS TOURISTAS.



—El sitio es un poquito incómodo, pero ¡qué hermosa perspectiva! ¡Qué encantador paisaje!

Historico.

Al salir del jardín del Paraíso Adán acompañado de su esposa, por haberse comido sin licencia la pera, ó la manzana, ó la acerola, en los ojos de Dios vió una mirada de inmensa y paternal misericordia. Y queriendo librarse del castigo que se habia ganado por... idiota, se puso de rodillas, y llorando lagrimones tan gordos como albóndigas, así dijo al Señor:—Señor, es justa la pena que me impones y aun es poca; pero ten compasión de mi desgracia, modera tu sentencia abrumadora, librame del trabajo que aniquila, librame del trabajo, que eso ahoga, y venga lo demás de tu castigo, que enfermar y morir poco me importa. Dios mío, de rodillas te lo ruego, perdón, Señor, piedad, misericordia! — Después de unos momentos de silencio, la voz de Jehová majestuosa, sonando en los espacios como el trueno en las cañadas hondas, le contestó: — Lo escrito ya está escrito y lo que escribo yo, jamás se borra — Adán no se asustó de la respuesta, porque el tino sabía ya de sobra

que pobre porfiado siempre saca limosna, y volvió á suplicar sin levantarse, llorando como el niño á quien azotan. Repitióle el Señor que estaba escrito, llamándole importuno y hasta posma; pero Adán, impertérrito en sus trece, tenía cuatro frailes en la boca. Tercera y cuarta vez Dios contéstole que lo escrito por él jamás se borra y tuvo que decirsele otras ciento, porque Adán continuaba con la broma. Causado Jehová de tanta súplica miró casi con asco á su gran obra, que seguía pidiendo le eximieran de sudar los mendrugos de la sopa. El Señor, sofocado y aburrido, detuvo el rojo rayo de su cólera y dijo al pedigüeño impertinente con voz desfallecida y casi ronca: —Márchate, que aunque escrito está lo escrito y lo que escribo yo nunca se borra, por no verte más tiempo en mi presencia, en eso del trabajo desde ahora te prometo, grandísimo cargante, hacer la vista gorda.

Y como esto los tontos no lo saben y los más avispados no lo ignoran, resulta que en el mundo que habitamos, mientras unos trabajan, otros cobran.

Alfonso Benito Alfaro.

Frustrerías.

Conozco si cualquier chica tiene malas cualidades en que, si las tiene malas, la elogia mucho su madre.

Debo estar muy enfermo, cielo mío, porque estoy á tu lado y tengo frio.

Si un comerciante cualquiera pierde el buen nombre, al momento no halla medio ni manera de hacer que la gente quiera ir á su establecimiento.

Y en cambio hay mujer, lector, que comercia en el amor, está desacreditada... y le va mucho mejor que á cualquier mujer honrada!

En la ciencia de amar, por ignorante que sea una mujer, logra experiencia cuando encuentra constancia en un amante. Y cualquier hombre, en cambio, es en tal ciencia menos experto cuanto más constante.

Con un tranvía comparo el corazón de Loreto: nunca va la misma gente en él, y siempre está lleno!

Alberto Casañal Shakerly.

CHISMES Y CUENTOS.

Bueno, pues no hay más remedio que hablar de la guerra de Cuba. Por de pronto, es preciso notar un detalle curioso. Cuando se inició la idea de la trasnochada indemnización Mora, todos, tirios y troyanos, pusieron el grito en el cielo, dispuestos á no tolerar desaguisado semejante. Se llegó á decir que no se conceptuaba posible que un gobierno español que apreciara en algo la dignidad de su patria se atreviera á poner si quiera sobre el tapete tan desdichado asunto. No hubo periódico que no se escandalizara, ni palabra gorda que se dejara en el tintero, ni pecho que no se ahogase con la ira ante la sola suposición de que al país pudieran dársela de primo de tal manera.

Pues bien, en medio de toda esta barafuñda, los ministros se reunieron tranquilamente á tratar la cuestión; acordaron, contra viento y marea, que el pago era justo y urgente, y á estas horas ya no se ocupan de otra cosa que del modo de efectuarle. Y cuando parecía que iban á temblar las esferas, la prensa calla y no protesta una mosca.

(Quieren ustedes hacer el favor de atarla por el rabo?)

Otra cosa:

No podrán ustedes negarme que, aparte las frases de cumplido para que se vea que somos patriotas, se echan de ver, palpitando en las conversaciones de los cafés y ocultos entre líneas en los periódicos, un desaliño y una indiferencia mal disimulados.

La prensa extranjera se permite á ratos el lujo de dudar del éxito de las operaciones, se regodea con los descalabros reales ó fingidos, y cuando no simpatiza francamente con los insurrectos, les da una importancia que sería ridícula si se tratara de una colonia inglesa, francesa ó alemana. Pone, pues, á España al nivel de Marruecos, y la protesta, cuando la hay, es tan débil...

Yo creo, con permiso, que aunque estamos en decadencia, no hemos llegado tan abajo todavía. Y bueno sería que en el lenguaje de nuestros periódicos se trasluciera el propósito firme de considerar la insurrección como lo que es realmente, un incidente sin importancia para lo porvenir. Aunque la guerra fuese eterna, la nación podría sacrificar anualmente cien mil hombres y los millones de pesetas necesarios... Todo se reduciría á que eso fuese lo normal por los siglos de los siglos.

Apurando mucho las cosas, y en el supuesto de que la isla entera se alzara en armas contra la metrópoli... no estaría de más hacer entender al resto de la humanidad que quien descubrió y conquistó la América hace cuatro siglos con un puñado de presidiarios podría reconquistarla ahora de la misma manera, porque... todo es ponerse.

Digo, me parece que España es así todavía.

Libros:

Versos políticos se titula un libro de D. Antonio Palomero (Gil Parrado), que acaba de ponerse á la venta en todas las librerías.

La forma una colección de composiciones en verso, preciosísimas y chispeantes las más de ellas, de aturada sátira muchas, y correctas y de buen gusto todas. *Ainda más* las acompañan intencionados dibujos de Ángel Pons y las precede un saladísimo prólogo de Taboada.

¿Qué más se puede pedir por catorce reales?

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

P. + I.—El epigrama es fuertecico. Todo lo demás tiene el sambenito de la vulgaridad manifiesta.

Sr. D. R. G. M.—En las seguidillas unas veces aconsonanta usted y otras asonanta, de donde resulta con desigualdad aterradora. Además, el género en esa clase de asuntos está mandado retirar hace mucho tiempo. Las menudecias son inocentísimas.

Y. Z.—Defecto de que adolecen esos asimismo.

Sr. D. E. U. S.—La forma no es muy suelta que digamos, y en cuanto á la moraleja... ya comprenderá usted que está un poquito trasnochada.

Ramirón.—¿Que si va usted á llegar al pínfalo de la gloria? ¡Bien pudiera ser, porque cosas más raras se han visto!

Tin. T. ro.—Huya usted de hacer *humoradas* como la siguiente:

«Es muy dulce la vida en el estío,
mas no estando á mi lado tú, bien mio,
pues si cien veces te llamo retruchera
me cuesta cada vez una pulsera.»

Porque sobre no estar medidos todos los versos como Dios manda, la idea no puede ser más candorosa en sí.

Tosco.—¡Sí, eh? Pues más *toscos* son las quintillas, amigo. Aunque esté uno repillándolas cuatro meses no perderán las asperezas.

Pancho Ampla.—Hombre, algunas de esas cosas tienen gracia guasona, pero no publicable precisamente.

P. P.—¿Que si sirve? Bien quisiera, pero no encuentro manera...

Crito.—No está mal del todo, pero es excesivamente larga para lo que puede dar de sí el asunto.

D. P. K. 2.—No es posible, en conciencia, dar el pase á ninguna menudecia.

Sr. D. J. A. C.—Fíjese, su ir más lejos, su que no todos los versos tienen las once sílabas... Los hay que tienen muchas más, desgraciadamente.

Sr. D. F. P. Q.—Vulgares todas. Y bueno será advertir que *orgullo* y *tuyo* no son consonantes más que en Madrid, donde se dice *poys* y *gayina*.

Sr. D. J. P.—Completamente serios y tristes y con puntas y ribetes de cursis, dicho sea sin ofenderlos.

Coli.—Tiene usted razón hasta la coronilla. El *lapso* más grave es el del libro, pero el autor ha caído en la cuenta después de tirado el pliego.

Miguís.—Tiene poca novedad, porque, á pesar de la advertencia, siempre será cosa de *O locura ó santidad*, de Echegaray.

Chirimbal.—Si, indudablemente se extravió en Correos, y fue una lástima, porque la composición es preciosa, pero descubre demasiado la guasa viva.

Sr. D. J. A. O.—La medida es una cosa esencialísima en los versos, y lo primero que se debe evitar es que se queden cortos de talla.

G. S.—Siento no poder aprovechar nada.

El autor.—Bueno, pero si se publica el acróstico, ¿le importará algo á alguien? Claro está que ven la luz otras cosas que importan poco... ¡pero no tan poco!

Sr. D. R. de A.—No contesté porque en esas dudas de *oido*, *rítmo*, etc., no cabe discusión ni pueden darse pruebas. Pero crea usted que *Cazaán* tiene tres sílabas, porque suena mal y no está admitido semejante diptongo.

Sr. D. J. M.—Digo á usted lo mismo que á D. G. S., un poco más arriba.

El arreptido.—Ahora, ahora es cuando debe usted arrepentirse de haber hecho un soneto á ella, que no es soneto ni cosa que lo valga.

Apreensiones.—Tampoco está bien el primer verso.

Sr. D. D. A.—Muy mediana también. Empiezan por no ser consonante *tierra* y *primera*, ni aquí ni ¡ay! en Bayamo.

El Colillero del Parnaso.—La idea es buena, pero el desarrollo es endeble. Item más, el verso

«la bendición de una madre va con ella»

es largo como un día sin pau francés.

M. B. de V. C.—Se ha equivocado usted, porque si he echado de menos sus versos, pero no me pareció oportuno recordárselo, por otras consideraciones.

Mohamed-ben-Abdallah.—De todo eso no tiene gracia nada más que la definición del beso, pero está mal expresada y en una forma medianilla.

Uno que me conoce.—Y que, además, escribe unos cantares que no tienen nada particular absolutamente.

Candidito.—Mándela de nuevo firmada.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑIA COLONIAL
TAPIOCA TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERIAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS

MARCA REGISTRADA
JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MALAGA-MANANARES

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si el pedido no se acompaña el importe.
Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA
Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero derecho.
Teléfono núm. 2.160.
DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO
Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Rivadavia, 612, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Heróndez, Libertad, 44 sup.º